

**Nociones fundamentales de geopolítica:
claves estratégicas para comprender el poder en el siglo XXI**

Autor: Coronel de Infantería Carlos María FRAQUELLI

Correo: cmfraquelli@yahoo.com

C. V.:

El coronel de infantería Carlos María Fraquelli es Magíster en Ciencias Militares con orientación Planeamiento Estratégico y Toma de Decisiones por la Escuela Superior de Guerra del Ejército del Perú, Magíster en Historia de la Guerra (Facultad del Ejército, Universidad de la Defensa Nacional), Profesor Universitario en Ciencias de la Administración y Licenciado en Administración de Empresas por la Universidad Católica de Salta, y Licenciado en Estrategia y Organización por el Instituto Superior de Enseñanza del Ejército (actual Facultad del Ejército, Universidad de la Defensa Nacional). Se desempeñó como Secretario Académico del Colegio Militar de la Nación (Facultad del Ejército, Universidad de la Defensa Nacional). Su campo de investigación es la Historia de la Guerra Argentina y Sudamericana del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial.

Resumen:

Este trabajo analiza cuatro ejes fundamentales del pensamiento geopolítico moderno, con el propósito de brindar nociones esenciales para la comprensión del poder en el siglo XXI. Comienza con los aportes teóricos de Friedrich Ratzel y Halford Mackinder, centrados en la relación entre espacio y poder. Luego se aborda la lógica del mundo bipolar durante la Guerra Fría, el rol de la OTAN y la reconfiguración del orden global. El tercer eje se basa en el pensamiento estratégico de Zbigniew Brzezinski, centrado en Eurasia como tablero geopolítico decisivo. Finalmente, se exploran problemáticas actuales como la presión demográfica, la crisis energética, el cambio climático y la necesidad de sostenibilidad. A través de este recorrido, el ensayo muestra cómo el poder se transforma junto con el territorio, la ideología y los recursos, ofreciendo herramientas útiles para una lectura crítica del escenario internacional contemporáneo, particularmente desde una perspectiva profesional militar.

Palabrea clave:

Geopolítica – Ratzel – Mackinder – Demografía – Energía – Cambio climático – Sostenibilidad

Abstract:

This paper analyzes four fundamental pillars of modern geopolitical thought, aiming to provide essential notions for understanding power in the 21st century. It begins with the theoretical contributions of Friedrich Ratzel and Halford Mackinder, focused on the relationship between space and power. It then examines the logic of the bipolar world during the Cold War, the role of NATO, and the reconfiguration of the global order. The third axis is based on the strategic thinking of Zbigniew Brzezinski, who viewed Eurasia as the decisive geopolitical chessboard. Finally, current issues such as demographic pressure, the energy crisis, climate change, and the need for sustainability are explored. Through this progression, the essay demonstrates how power evolves alongside territory, ideology, and resources, offering valuable tools for a critical understanding of the contemporary international landscape—particularly from a professional military perspective.

Keywords:

Geopolitics – Ratzel – Mackinder – Demography – Energy – Climate change – Sustainability

1. Introducción

La geopolítica es una herramienta indispensable para la comprensión de los procesos históricos, estratégicos y políticos que configuran el escenario mundial. Para un militar del siglo XXI, conocer las bases teóricas de esta disciplina, su evolución a lo largo del tiempo y sus implicancias prácticas resulta esencial. El presente ensayo aborda cuatro ejes fundamentales del pensamiento geopolítico moderno, organizados en torno a autores, procesos y problemáticas que permiten comprender parte de la evolución del poder en el espacio global: las concepciones espaciales de Ratzel y Mackinder, la lógica del mundo bipolar de la Guerra Fría y el rol de la OTAN, el pensamiento estratégico de Zbigniew Brzezinski, y los nuevos desafíos del siglo XXI vinculados al ambiente, la energía y la demografía. Cada sección constituye una aproximación conceptual y operativa para entender el poder, el territorio y los desafíos globales desde una mirada estratégica y global.

2. Ratzel y Mackinder: concepciones del espacio geopolítico

El coronel Marini en su obra *La formación del espacio argentino Significado de la geopolítica* publicada en 1983, presenta a Friedrich Ratzel como un profesor de geografía impulsor del desarrollo científico. Destaca que incursionó en el análisis político del espacio, que, en esa época (fines del siglo XIX y primera década del siglo XX), se lo llamaba “geografía política”. Ni Ratzel, ni Halford Mackinder, aunque ambos pioneros de la disciplina, utilizaron el término “geopolítica”.

Marini sostiene que el espacio geopolítico es el “área geográfica”, oponiéndose a las ideas de Ratzel respecto al territorio del Estado, ya que, de acuerdo a este concepto, solo se estudiaría el área exclusiva en la cual el Estado tiene jurisdicción. En el pensamiento de Ratzel existió una tendencia en reemplazar las ciencias del Estado por la geografía. Respecto a las ideas de Mackinder, en relación al espacio geopolítico, existe una preocupación por la influencia de las grandes masas continentales en la historia y política de los pueblos.

La bibliografía de Eva Roda, *Geopolítica Claves para entender un mundo cambiante*, contextualiza a la geografía política dentro de la historia como un arma para el colonialismo, cuyo auge durante el siglo XIX, posibilitó el desarrollo de la era de los imperialismos. Presenta a Ratzel (periodista de profesión), en momentos en que surgen las Sociedades Geográficas, y lo señala como fundador de la Geografía política moderna. Destaca las evidentes repercusiones del pensamiento darwinista en Ratzel, quien estudia la influencia del medio físico en relación con aspectos políticos y sociales (acciones del Estado en su espacio territorial).

Respecto al británico Mackinder, el texto de Eva Roda menciona su consideración de la Geografía como nexo de unión entre las ciencias naturales y las humanidades. También, con clara influencia determinista, resalta que Mackinder considera respecto al espacio, que la situación política de los países (predominio o dependencia) tienen que ver con las interrelaciones del hombre y el medio, y la disponibilidad de recursos naturales. Refiere su tradicional división de la tierra en dos áreas: “Heartland” predominante y “Maritime Lands” subordinadas.

Teniendo en cuenta lo expresado en ambas fuentes, se puede afirmar que la concepción de espacio de Ratzel está influenciada por el pensamiento netamente organicista de Carl Ritter, que considera al Estado como un organismo que se desarrolla dentro de un “espacio vital” (en alemán, *Lebensraum*). Ese espacio vital es esencial para la existencia y expansión del Estado. Ratzel sostiene la importancia entre la interrelación entre el ambiente físico y las características culturales y políticas de un territorio. Impregna a la geografía de una dimensión biológica y social, en donde los Estados europeos buscan maximizar su influencia territorial más allá del mar, para así garantizar su supervivencia y solucionar los problemas ocasionados por la superpoblación.

Mackinder, con su teoría referida al “Heartland”, centra la importancia geopolítica en el centro de Eurasia y sostiene que quien controla ese “Heartland”, controla el destino del mundo. Concibe el espacio con una visión más geoestratégica, en donde el control territorial y las rutas de comunicación son claves en la dinámica del poder global. Considera que el espacio, no solamente se define por su extensión física sino también, por su ubicación estratégica, lo que

lleva a proponer una visión del mundo dividido en zonas de influencia de crucial importancia para la dominación política y militar.

Las similitudes entre las concepciones de espacio de Ratzel y de Mackinder, están dadas porque ambos pioneros lo consideran un elemento central en las relaciones de poder y en la política de los distintos Estados. Dicho de otra manera, ambos le asignan al espacio geográfico y al territorio un papel preponderante para determinar el desarrollo político, económico y social de los Estados.

Entre las principales diferencias entre las perspectivas espaciales del alemán Ratzel y del británico Mackinder, el primero (con una mayor influencia determinista y darwiniana) se enfoca más en el crecimiento orgánico del Estado con el espacio como su entorno natural. El segundo, se interesa más por la ubicación geográfica de ese espacio y considera que ella puede determinar la posición de hegemonía de un Estado. Mientras Ratzel mira hacia el interior de un Estado y se enfoca en su crecimiento, Mackinder, se enfoca hacia el control y la dominación de un Estado a escala global, en base a su ubicación.

3. El modelo bipolar de la Guerra Fría y la OTAN como estructura de poder

Se entiende que la Guerra Fría “fue el enfrentamiento que tuvieron las dos grandes potencias emergidas después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. y la URSS; y que se prolongó hasta la caída del muro de Berlín” (Roda, 2017, p. 90). Fue una confrontación que se desarrolló en todos los ámbitos: político, económico, ideológico y militar.

El final de la Segunda Guerra Mundial en 1945, tuvo grandes diferencias con la culminación de la Gran Guerra allá por 1918. Al término de la contienda, Francia y Rusia estaban arrasadas y el Reino Unido tenía su infraestructura industrial destruida. Sin embargo, los Estados Unidos se encontraban en pleno período expansivo, y a diferencia de lo que había sucedido en el Tratado de Versalles, ahora, esta potencia tenía intenciones de intervenir en la política mundial (Roda, 2017, p. 85-86). A esto se sumaba que Rusia, a pesar del desgaste extremo luego del conflicto, “controlaba la mitad Este de Europa y también tenía una industria pesada en proceso expansivo” (Roda, 2017, p. 87) e inicialmente había implantado el modelo socialista en Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Albania, Rumania y Bulgaria.

La Guerra Fría, “que jamás llegó a adquirir la temperatura suficiente” (Gaddis, 2019, p. 240), hizo surgir el modelo bipolar, tras el vacío de poder dejado por la Segunda Guerra Mundial y producto de la consecuente irrupción de las dos superpotencias. Se trató de una gran estrategia a largo plazo, en la que los dos colosos geopolíticos intentaron mantener sus respectivas esferas de influencia sin recurrir en enfrentamientos bélicos directos.

Dentro de estas complejas décadas de posguerra surgió la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Fue fundada como una alianza de defensa, integrada por Estados Unidos, Canadá y varias naciones de Europa occidental regidas por democracias. El objetivo inicial de la alianza era garantizar una seguridad colectiva frente a una potencial agresión del bloque soviético, particularmente en territorio europeo. Como sostuvo Henry Kissinger (2011, p. 287), la OTAN “no solo representaba un pacto militar, sino una manifestación institucional de la solidaridad del bloque occidental frente al totalitarismo comunista”. En el Tratado del Atlántico Norte (firmado en Washington, el 4 de abril de 1949) se incluyó, en su artículo 5, una cláusula de defensa colectiva, en la idea de que un ataque contra uno de sus miembros sea considerado un ataque contra todos, reforzando la situación de equilibrio de poder dentro del esquema bipolar.

Durante la Guerra Fría, la OTAN desempeñó un rol esencial en la contención del comunismo en Europa. A través de la integración militar, de maniobras combinadas y del establecimiento de bases militares estadounidenses permanentes en varios países europeos (Alemania Occidental, Reino Unido, Italia, Francia y posteriormente Turquía y Grecia), esta organización logró disuadir posibles acciones hostiles y avances soviéticos, apoyando la defensa colectiva en el marco de la alianza. Según sostiene el destacado historiador y escritor del periodo de la Guerra Fría John Lewis Gaddis (2005), la OTAN fue “una de las piezas más estables del orden bipolar”, ya que permitió mantener la paz entre las dos grandes potencias hegemónicas y, al mismo tiempo, contuvo el expansionismo soviético (p. 134).

La aparición de la OTAN fue percibida por la Unión Soviética como una amenaza a su seguridad. Como contrapartida y bajo el liderazgo de esta potencia, se produjo en 1955 la creación del Pacto de Varsovia, un acuerdo de cooperación militar suscripto por los países de Europa del Este. Esta simetría de alianzas OTAN – Pacto de Varsovia fue la más clara manifestación del sistema bipolar imperante durante la Guerra Fría, en donde cada bloque se estructuraba de forma paralela en los campos militar e ideológico.

Carl Schmitt amplía la visión de la nueva estructuración del poder global post-Segunda Guerra mundial, incorporando una perspectiva jurídica y política. Para este prominente y controvertido jurista alemán, el mundo de posguerra quedó dividido en dos cosmovisiones: la del liberalismo anglosajón y la del comunismo soviético. Bajo esta lógica, la OTAN representó la institucionalización del orden liberal frente al desafío soviético, actuando como “muro normativo y estratégico contra el caos revolucionario” (Schmitt, 1945, p. 59). Este enfoque, amplifica la comprensión del papel de la OTAN como agente garante de un orden jurídico-político, cuyo fin ulterior fue siempre frenar el avance del modelo alternativo soviético de organización social.

Con el correr de los años y con el desarrollo de la Guerra Fría, el papel de la OTAN se fue extendiendo en forma progresiva. A partir de la década de 1970,

la organización también empezó a actuar como foro político de consulta estratégica entre sus miembros. Su supervivencia luego del colapso del bloque soviético en 1991 y su vigencia en la actual guerra entre Rusia y Ucrania, demuestra que su función trascendió la mera contención del comunismo y del expansionismo soviético, convirtiéndose en una herramienta de estabilidad fundamental para el bloque occidental. Como afirmó Margaret Thatcher (1983) respecto al papel de esta organización, “la OTAN fue el ancla que mantuvo a Europa libre y unida durante los años más oscuros del siglo XX” (p. 212).

4. El tablero euroasiático según Zbigniew Brzezinski

Zbigniew Brzezinski (1929-2017) fue un influyente politólogo y estratega geopolítico estadounidense de origen polaco. Fue asesor de Seguridad Nacional del presidente Jimmy Carter entre 1977 y 1987, destacándose como figura central en el diseño de la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría. Su pensamiento geopolítico se caracterizó por combinar realismo clásico con preocupación por valores democráticos. En 1997 publicó *The Grand Chessboard: American and Its Geostrategic Imperatives*, siendo una de sus obras más destacadas. En ella analiza la posición única de Estados Unidos como superpotencia global y propone una estrategia para preservar esa primacía.

Brzezinski comienza el capítulo 2 de esta obra, titulado “The Eurasian Chessboard”, afirmando que Eurasia es el “principal premio geopolítico” para Estados Unidos. Sostiene que, a lo largo de la Historia, los asuntos mundiales estuvieron dominados por potencias euroasiáticas, y, en la actualidad (para fines de la década de 1990), se cierne un panorama distinto en donde una potencia no euroasiática (Estados Unidos) ejerce una influencia preeminente en todo el continente. Advierte que esta circunstancia es temporal, y que su eventual deterioro podría generar una inestabilidad internacional, conduciendo incluso a una “anarquía global”. En este mismo sentido, este autor remarca que la estabilidad del orden internacional depende directamente de la capacidad de Estados Unidos para sostener su primacía en Eurasia. Cita al politólogo Samuel P. Huntington, quien advierte que un mundo sin el liderazgo estadounidense sería más violento, menos democrático y más estancado económicamente.

El polaco-estadounidense subraya que Eurasia alberga casi el 75% de la población mundial, cerca del 60% del PBI global y unas tres cuartas partes de los recursos energéticos, señalando que también es el hogar de los estados más poderosos y dinámicos del globo, incluyéndose varios actores nucleares y potencias rivales de Estados Unidos. Desde el punto de vista geopolítico, considera a Eurasia un continente “axial” y sostiene que cualquier potencia que logre dominar Eurasia controlaría automáticamente las dos regiones más productivas del planeta: Europa Occidental y Asia Oriental. Por esta razón, Estados Unidos debe actuar para impedir el surgimiento de un estado hegemónico euroasiático que amenace su liderazgo global.

A continuación, el autor compara Eurasia con un “tablero de ajedrez” en donde se disputa la supremacía global. Divide el espacio en varias zonas clave: Eurasia Occidental: región densamente poblada y económicamente integrada a Estados Unidos, que mantiene presencia directa mediante la OTAN; Eurasia Oriental: incluye a China, potencia regional emergente con aspiraciones mundiales, y a Japón, aliado estable de Estados Unidos; Eurasia Central: zona definida como un “agujero negro” resultante de la fragmentación soviética, inestable políticamente, rica en recursos y sin cohesión institucional; Eurasia Meridional: región volátil y energética que comprende el Golfo Pérsico y Asia del sur, siendo clave para los intereses estratégicos estadounidenses. Brzezinski sostiene que el éxito de Estados Unidos en la región depende de tres condiciones esenciales: lograr integrar la “zona media” al ámbito Occidental, impedir que un solo actor controle el sur energético y evitar que el este (especialmente China) se unifique formando un bloque excluyente. De no cumplirse estas condiciones, se reduciría drásticamente la influencia de Estados Unidos en Eurasia.

En su análisis, Brzezinski identifica a varios países como jugadores geoestratégicos y pivotes geopolíticos. Se refiere a Rusia, que, aunque debilitada, conserva intereses estratégicos y vínculos históricos en Asia Central y Europa Oriental, con un futuro que dependerá de si se integra a Europa o busca restaurar su esfera de influencia. Menciona a China como potencia emergente con ambiciones continentales y con una orientación futura decisiva para la arquitectura política del continente. Alude a Francia y Alemania como actores fundamentales en la construcción de una Europa unificada, cumpliendo funciones de ancla occidental para la influencia estadounidense. Cita a Ucrania como Estado pivote, aludiendo que si se integra a Europa dificultará cualquier intento de restauración imperial rusa, mientras que, si cae bajo control ruso, alteraría el equilibrio continental. Sostiene que Estados Unidos también debe mantener su influencia sobre Turquía, Irán y el Cáucaso, debido a su proximidad a recursos y corredores estratégicos eurasiáticos.

También, Brzezinski alerta sobre escenarios que podrían erosionar la primacía estadounidense. Al respecto, enfatiza el peligro de una alianza sino-rusa, el rechazo de los países centrales euroasiáticos al influjo occidental y la expulsión de Estados Unidos de Europa Occidental. De esta forma, un reordenamiento geopolítico en el que el espacio medio (principalmente Rusia) se vuelva cohesivo, o donde actores regionales como China, consoliden su influencia en Asia Oriental sin contrapeso, podría desplazar el centro de poder global fuera del alcance de Estados Unidos.

Entre las principales limitaciones para Estados Unidos, el autor reconoce que su hegemonía es profunda pero no omnipresente. Está condicionada por factores domésticos, como la opinión pública renuente al intervencionismo prolongado, y por realidades externas, como el tamaño y la complejidad cultural de Eurasia, la emergencia de actores autónomos y los límites del poder militar aplicado a conflictos de naturaleza indirecta. Es por ello, que propone una

“geoestrategia indirecta” basada en el liderazgo flexible, la cooperación de élites regionales y la promoción de democracias de mercado como herramientas de contención.

Ya finalizando el capítulo, el autor esboza una delineación de los principales objetivos e imperativos estratégicos para los Estados Unidos. Entre ellos, Brzezinski hace referencia a cuatro: 1) Evitar la aparición de un rival euroasiático, ya sea por dominación regional o por coalición hostil; 2) Mantener alianzas flexibles y fuerzas desplegadas, especialmente en lugares como Europa Occidental, el Golfo Pérsico y Asia Oriental; 3) Fomentar el pluralismo político y económico, buscando impedir concentraciones adversas de poder; 4) Apoyar marcos regionales cooperativos, alineados con los intereses estadounidenses y que eviten bloques excluyentes.

Brzezinski cierra el capítulo reafirmando que la supremacía global de Estados Unidos, única en la historia, depende de su capacidad para actuar como árbitro de los equilibrios euroasiáticos. Este rol no puede ser ejercido mediante el control directo, sino a través de una combinación inteligente de poder duro y blando, que posibilite evitar tanto el surgimiento de una superpotencia rival como la desestabilización del orden internacional.

Este capítulo es la exposición que hace Brzezinski sobre su tesis central referida a que Estados Unidos debe implementar una geoestrategia sofisticada, multidimensional y activa en Eurasia, buscando preservar la estabilidad internacional y su liderazgo mundial. El recurso del “tablero de ajedrez” como metáfora para explicar esta problemática, refleja la complejidad de esta tarea que requiere una visión comprehensiva y profunda de la geografía mezclada con las intenciones políticas. A favor de Zbigniew Brzezinski: no debe ser una sorpresa que “El Tablero Eurasiático” sea el escenario en donde se está jugando gran parte del destino del liderazgo mundial en el actual siglo XXI.

5. Demografía, energía y sostenibilidad como factores geopolíticos del siglo XXI

El análisis de cuatro dimensiones clave (la demografía, la energía, el cambio climático y la sostenibilidad), permite comprender cómo estos elementos inciden en el desarrollo interno de los Estados y cómo también condicionan su posicionamiento en el sistema internacional. Lejos de ser variables aisladas, estas dimensiones interactúan entre sí, generando impactos geopolíticos, sociales y económicos, que traen consecuencias de largo alcance. La obra *Relaciones internacionales, geopolítica y economía mundial. Cómo entender el mundo del siglo XX* de Víctor Pou (en particular, el Capítulo 4 “Elementos de contexto de la Economía Mundial”), invita a reflexionar sobre los desafíos que enfrenta el mundo contemporáneo en un contexto global marcado por la desigualdad, la transición energética, las tensiones ambientales y la necesidad urgente de un desarrollo sostenible.

La demografía

El texto presenta la demografía como un factor estructural y clave en la geopolítica y la economía mundial, dado que condiciona las capacidades de los Estados y su proyección a largo plazo. Destaca que el crecimiento poblacional no es homogéneo: en los países desarrollados la población se estanca o disminuye (Europa y Japón), mientras que en muchas naciones en desarrollo (África subsahariana) continúa en rápido ascenso. Esta disparidad genera desequilibrios globales en términos de fuerza laboral, demanda de recursos y presión migratoria.

Además, el envejecimiento de la población en países desarrollados plantea desafíos económicos y sociales relevantes, como el sostenimiento del sistema de pensiones, la productividad laboral y la necesidad de inmigrar para compensar la falta de natalidad. En contrapartida, las regiones con poblaciones jóvenes enfrentan dificultades relacionadas con el desempleo juvenil, la falta de oportunidades y la inestabilidad política. La demografía, no solo afecta al desarrollo interno de los países, sino que se convierte en un componente geopolítico de primer orden al influir en el poder relativo de los Estados y en los flujos migratorios y globales.

La energía

El texto refiere que con frecuencia se habla poco de la energía, pero que su papel es clave en la economía mundial. La energía representa la capacidad de realizar un trabajo, conferir un movimiento, modificar la temperatura o transformar la materia.

El descubrimiento del gas esquisto (de roca madre o de *shale*) en Estados Unidos dibuja una geopolítica de la energía distinta de la basada en el petróleo. Sin embargo, la energía presenta cinco problemas: la desigual distribución en producción y consumo, la gran dependencia de la producción mundial de combustibles fósiles (no renovables), el papel dominante que sigue teniendo el petróleo, el dispar consumo energético y los graves problemas de conservación del medio ambiente.

El extraordinario desarrollo del *fracking* está provocando una revolución energética, alterando el tablero de la competitividad mundial. La extracción de hidrocarburos no convencionales marcó el renacimiento de la producción de petróleo y gas en Estados Unidos, transformándolo en primer productor mundial de líquidos por delante de Arabia Saudita.

De esta forma, la revolución del *shale* gas hará a la industria más competitiva internacionalmente, a la vez que disminuirá la intervención de países como Rusia y Venezuela, replanteando las relaciones con Medio Oriente.

Todo el hidrocarburo de Medio Oriente que antes ingresaba a Estados Unidos, será direccionado hacia Japón, Corea del Sur, India y China.

Para la Unión Europea, los altos precios energéticos y los desafíos políticos de la Rusia de Putin, exigirán que se plantee, en forma seria, una nueva política energética común.

El cambio climático

El cambio climático amenaza con destruir nuestro entorno y medio de vida. Sus impactos pueden llegar a ser dramáticos para la mayoría de la humanidad, y es por eso, que una gestión eficaz del cambio climático exige una verdadera gobernanza global.

Si bien desde 1972, la degradación medioambiental aparece en la agenda de los principales gobiernos mundiales y durante más de cuarenta años se mantuvo el debate mundial sobre el cambio climático y el desarrollo sostenible, las posturas de los distintos actores internacionales siguen enfrentadas.

A pesar de que el Protocolo de Kioto (1997) supuso un avance importante, ya que por primera vez los países más responsables asumían el compromiso de limitar emisiones con un horizonte en 2012, terminó siendo un fracaso.

Por otro lado, aunque la Unión Europea está en proceso de reducir sus emisiones en un 40% para 2030 en relación con 1990, todas las decisiones importantes al respecto se pospusieron para la cumbre de París de 2015, y si de ella sale algún acuerdo global vinculante para disminuir las emisiones, se habrá logrando un adelanto significativo.

La sostenibilidad

El “desarrollo sostenible” se define como el camino del progreso social, económico y político que satisfacen las necesidades del presente, sin comprometer la capacidad para cubrir las necesidades de las generaciones futuras. Busca garantizar el equilibrio en el crecimiento económico, el cuidado del medio ambiente y el bienestar social.

Dado que las acciones humanas impactan significativamente sobre la naturaleza, produciendo pérdida de la biodiversidad y vulnerabilidad de los

sistemas naturales, el desarrollo sostenible busca la reconciliación entre el crecimiento económico, los recursos naturales y la sociedad. Es, además, antropocéntrico, pero se complementa con todo el reino natural.

Ese “desarrollo sostenible” constituye, en nuestro tiempo, la síntesis entre dos binomios tesis-antítesis: sacar a miles de millones de personas de la pobreza, sin desestabilizar el entorno climático y ecológico necesario para el desarrollo de la vida sobre la tierra.

Respecto a las cuatro dimensiones clave

La combinación de las tendencias descritas en los párrafos anteriores (desequilibrios demográficos, crisis, energética, deterioro ambiental y falta de sostenibilidad) dibuja un panorama alarmante. La incapacidad de la comunidad internacional para asumir compromisos vinculantes frente al cambio climático, la acelerada explotación de recursos no renovables y las crecientes asimetrías entre regiones del mundo auguran un escenario inestable y potencialmente catastrófico. Más que advertencias, estos factores funcionan como señales de un sistema global que se aproxima a sus límites naturales y sociales. Si no se produce un giro radical en las políticas internacionales, el siglo XXI podría estar marcado por crisis sucesivas de escala planetaria, poniendo en riesgo la viabilidad de la vida misma tal como la conocemos en nuestros días.

6. A modo de consideraciones finales

La geopolítica, como campo del saber estratégico, demuestra en los casos aquí analizados su vigencia y capacidad explicativa frente a distintos escenarios históricos y contemporáneos. Desde las concepciones fundacionales de Ratzel y Mackinder, hasta la arquitectura del poder bipolar de la Guerra Fría, el pensamiento estratégico norteamericano de Brzezinski y los desafíos del siglo XXI vinculados a la energía, la demografía y la sostenibilidad, estos temas aquí tratados evidencian que el poder sobre el espacio no ha dejado de transformarse y sigue siendo el centro de gravedad de la política internacional. Para los cuadros militares de todas las jerarquías, incorporar estas perspectivas no es solo una tarea teórica, sino una herramienta de anticipación y lectura crítica del mundo, cada vez más necesaria en un entorno volátil, incierto y complejo.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Editorial Paidós.

- Martín Roda, E. (Coord.). (2017). *Geopolítica. Claves para entender un mundo cambiante*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.
- Gaddis, J. L. (2019). *Grandes Estrategias*. Barcelona: Penguin.
- Gaddis, J. L. (2005). *The Cold War: A New History*. New York: Penguin Press.
- Kissinger, H. (2011). *Diplomacy*. New York: Simon & Schuster.
- Marini, J. (1983). *La formación del espacio argentino. Significado de la geopolítica*. San Miguel de Tucumán: Universidad de Tucumán.
- Pou, V. (2015). *Relaciones internacionales, geopolítica y economía mundial: Cómo entender el mundo del siglo XXI*. Lleida: Editorial Milenio.
- Schmitt, C. (1945). *El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Trotta.
- Thatcher, M. (1993). *The Downing Street Years*. London: Harper Collins.